



Sverdloff, Mariano. "Antimodernos periféricos: traducción, importación y tradición clásica en *La Nueva República*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2019, vol. 8, n° 17, pp. 47-63.

Antimodernos periféricos: traducción, importación y tradición clásica en *La Nueva República*

Peripheral antimodernists: translation, import and classical tradition in
La Nueva República

Mariano Sverdloff¹

Recibido: 15/10/2019

Aceptado: 24/10/2019

Publicado: 08/11/2019

Resumen

Críticos como Antoine Compagnon o William Marx sostienen que los escritores de *arrière-garde* no serían conservadores pasivos que se oponen a lo nuevo en tanto verdadera categoría activa de la modernidad, sino que participarían en el mismo campo de disputa en el que se desenvuelven las vanguardias. Discursos críticos como los de Compagnon o Marx, pensados desde el corpus de los modernismos europeos, no pueden trasladarse de forma automática al ámbito latinoamericano. De hecho, uno de los aspectos cruciales de las *arrière-gardes*, la referencia a una tradición previa, recibirá una respuesta idiosincrática en el contexto argentino, una respuesta que supone otra paradoja: la de un nacionalismo literario constituido a partir de la traducción y la importación, tal como se advierte en el periódico de la derecha nacionalista *La Nueva República*. Para analizar esta relación del

Abstract

Critics such as Antoine Compagnon or William Marx sustain that *arrière-garde* writers are not passive conservatives who stand against "the new" as the only and true active category of modernity, but that they rather participate in the same field of symbolic struggles of the avant-gardes. These critical discourses, based on the corpus of European modernism, cannot be automatically translated to Latin America. In fact, one of the crucial aspects of the -the reference to a previous tradition- will receive in the Argentine context a response that implies another paradox: a literary nationalism based on translation and importation, as can be studied in the far right journal *La Nueva República*. To analyse this relation between nationalism, foreign languages and literature we would like to propose the concept of "peripheral anti-modernism".

¹ Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires, con una tesis sobre decadencia y *fin-de-siècle*. Da clases en la cátedra de Literatura del Siglo XIX de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Es investigador del CONICET y en la actualidad explora las relaciones entre derechas (contrarrevolucionarias, fascistas, neoliberales) y literatura, a partir de una perspectiva que toma en cuenta cuestiones tales como el sacrificio, el irracionalismo o las derivas de los discursos identitarios. Ha escrito sobre temas como el esnobismo, la idea de decadencia, la representación de la violencia y los imaginarios de las retóricas antimodernas. También se interesa, desde una perspectiva comparatista, por la forma en que las literaturas de las derechas se apropian del pasado grecolatino para inventar narrativas sobre la tradición "nacional" y "occidental". Sus trabajos se focalizan en autores como Petronio, Marcial, Joseph de Maistre, Joris-Karl Huysmans, Maurice Barrès y Jorge Asís. Asimismo, es el coordinador de la Colección Colihue Clásica. Contacto: marianosverdloff@gmail.com.



nacionalismo con las lenguas y las literaturas extranjeras proponemos la noción de “antimodernismo periférico”.

Palabras clave

Nacionalismo de derecha; periferia; antimodernidad; traducción.

Keywords

Right wing nationalism; periphery; anti-modernity; translation.

Introducción: traducción y nacionalismo

La antimodernidad ha sido planteada por Antoine Compagnon como una relación paradójica con la modernidad: “los verdaderos antimodernos son también, al mismo tiempo, modernos, todavía y siempre modernos, o modernos a su pesar” (12). En el mismo sentido William Marx definió a los escritores de *arrière-garde* como “retardaires de l’esthétique, qui iraient malgré tout, voire malgré eux, dans le sens indiqué par les avant-gardes” (9). A partir de estas definiciones, los “arriergardistas” no serían solamente conservadores pasivos que se oponen a lo nuevo en tanto verdadera categoría activa de la modernidad, sino que participarían en el mismo campo de disputa y polarización en el que se desenvuelven las vanguardias. Naturalmente, estas categorías críticas, pensadas desde el corpus de los diversos modernismos europeos, no pueden trasladarse de forma automática al ámbito latinoamericano. De hecho, uno de los aspectos cruciales de las *arrière-gardes*, la referencia a una tradición previa, recibirá, como veremos, una respuesta idiosincrática en el contexto argentino, una respuesta que supone *otra paradoja*: la de un nacionalismo literario constituido a partir de la traducción y la importación. Podemos pues suponer que lo propio del “antimodernismo periférico”, que en este trabajo intentamos definir, es precisamente este énfasis en la relación con las lenguas y las literaturas extranjeras: así se advierte, por ejemplo, en el periódico nacionalista de derecha *La Nueva República* (LNR).

Estas tensiones no son ciertamente ajenas al antimodernismo europeo; de hecho, la trayectoria del antimoderno nacionalista por excelencia, Maurice Barrès, estuvo siempre tensionada, tal como han demostrado los trabajos de Jessica Desclaux (2017), entre los polos “cosmopolita” y “nacionalista”; pero es en los antimodernismos periféricos donde esta relación con los extranjero se potencia de forma particular, hasta casi fusionar los polos “nacionalista” y “cosmopolita”, los polos de la autodefinición y de la traducción. Y será precisamente para superar las ansiedades que produce esta operación de traducción, que surgirá el valor clásico como instancia de caución y legitimación. En efecto, como argumenté en otro trabajo, “el valor clásico permite tramitar esa resistencia a la traducción y/o a la importación: para los nacionalistas, lo que se traduce o importa no sería una alteridad sino lo que estaba en el origen, lo mismo, ‘la tradición occidental’ entendida como el producto de la herencia grecolatina y el cristianismo” (Sverdloff 56). La antimodernidad periférica une de forma inextricable traducción e invención de la tradición clásica.

A partir de estas consideraciones, analizaré en LNR, una de las publicaciones nacionalistas de mayor densidad literaria, el uso de los clásicos a los efectos tanto de legitimar la “novedad” que implica la importación de una biblioteca contrarrevolucionaria como de suturar los desfasajes que esa misma importación produce. Concluiré con un análisis de las argumentaciones nacionalistas en torno a la traducción y a las relaciones entre “literatura nacional” y “literatura universal”, argumentaciones que apelan a la idea de “imperio” para explicar la posibilidad de producir una “literatura occidental” desde la Argentina.

La Nueva República, importación y tradición clásica

Se ha dicho que los primeros 90 números de la revista *Criterio*, dirigida por Atilio Dell’Oro Maini entre marzo de 1928 y noviembre de 1929, antes de que fuera reemplazado por Enrique Osés, se situaban entre el catolicismo y la vanguardia (Adur “Criterio”);² podría hablarse también de una tensión entre tradición e innovación en *LNR*, periódico editado entre diciembre de 1927 y noviembre de 1931, fundado por Ernesto Palacio, los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, Mario Lassaga, César Pico y Tomás Casares.³ Si por su ideología *LNR* debe ser colocada en la serie de las publicaciones nacionalistas que incluye a la efímera *La Voz Nacional* (1925) fundada por Carulla, *La Fronda* (1919-1940) de Francisco Urriburu y el posterior *Crisol* (1932-1944) de Enrique Osés, por ciertos temas y procedimientos, sin embargo, *LNR* podría ser relacionada con otra serie, la de las revistas culturales y de vanguardia de la década de 1920: *Proa* (1922-1926), *Inicial* (1923-1927) y por supuesto *Martín Fierro* (1924-1927), de la que Palacio formó parte. Por un lado, pues, la “contrarrevolución” y el antidemocratismo; por el otro, la idea de novedad cultural y generacional, que simultáneamente aproxima *LNR* al fascismo (tal como pondrá de relieve, por ejemplo, Federico Ibarguren [1969] en la narración que hará décadas después del grupo neorrepublicano) y la conecta con esa “nueva sensibilidad” mencionada en el manifiesto de la revista *Martín Fierro*.

Este filón vanguardista o de revista cultural de *LNR*, rubricado explícitamente por Palacio a través de la reutilización ocasional del mismo seudónimo con el que firmaba en *Martín Fierro*, “Héctor Castillo”, se advierte en cierto espíritu de grupo, en la juventud de sus integrantes, en la actitud general de antagonismo (que incluye posicionamientos políticos y operaciones contra otras estéticas o escritores), en procedimientos tales como el montaje de citas, la traducción de textos breves, las discusiones con otras publicaciones periódicas, la importación de ciertos autores extranjeros y el simultáneo rechazo de otras importaciones. Y se advierte en el recurso al género asertivo del manifiesto, tal como se observa de forma ejemplar en la proclama “Organicemos la Contrarrevolución” publicada por Palacio en el primer número de *LNR* el 1-12-1927.⁴

Tenemos a nuestras espaldas más de medio siglo de desorientación intelectual. Los sofismas del romanticismo y la revolución francesa, que emponzoñaron toda la actividad pensante de varias generaciones argentinas y obstaculizaron nuestro crecimiento político, siguen siendo en el ambiente nacional la ideología dominante.

Sus consecuencias naturales son: en el orden científico y artístico, la apoteosis de la improvisación y la incultura; en el orden político, una torpe demagogia que amenaza

² Asimismo, Manuel Gálvez, en la revista *Número* (fundada por intelectuales que habían formado parte de *Criterio*), se refería en estos términos a la vanguardia: “Entre los escritores que hemos precedido al vanguardismo. es frecuente repudiar las nuevas ideologías literarias, aunque reconociendo el valor promisorio de algunos de los líderes juveniles. Es un error. Las modernas tendencias estéticas contienen verdades fundamentales. Después de algunos años, y ahora que el vanguardismo comienza a ser cosa juzgada, podemos advertir su trascendencia. La literatura necesitaba una renovación geológica. Sin el vanguardismo, hubiéramos seguido haciendo lo mismo que en el siglo XIX. El vanguardismo ha logrado conquistas magníficas y probablemente definitivas; a lo menos por algunas décadas. Todo escritor ambicioso de perfeccionamiento ha de conocer estas conquistas y utilizarlas, dentro de lo que su personalidad se lo permita. Resistir al espíritu nuevo, sería necia terquedad pasadista.” (1).

³ “Desde el punto de vista editorial *La Nueva República* se divide en tres períodos. Entre diciembre 1927 y marzo de 1929 aparece quincenalmente, bajo la dirección de Rodolfo Irazusta; reaparece como semanario, con Ernesto Palacio como director, entre el 18 de junio de 1930 y el 7 de marzo de 1931; para iniciar luego una breve etapa como diario, desarrollada entre el 5 de octubre y el 10 de noviembre de 1931, dirigido conjuntamente por Palacio y Rodolfo Irazusta, con el subtítulo *Época de la reorganización nacional.*” (Lvovich 24-25)

⁴ De todas formas, la posición de Palacio frente al romanticismo no fue de ninguna forma unívoca: ver el ensayo “Romanticismo” (aparecido por primera vez en el n°5 de la revista *Número*) en Palacio, *El espíritu* 109-114.

arrasar hasta con los más firmes pilares del monumento levantado por la cordura de nuestros constituyentes.

Entre ambos fenómenos existe una evidente correlación. Los dos pueden tratarse bajo el rubro común de barbarie.

* * *

El romanticismo es, en el orden especulativo, desconocimiento de las jerarquías espirituales. Significa una defección de la inteligencia ante el sentimiento de la experiencia sensible y se manifiesta bajo múltiples formas: en el orientalismo contemporáneo, en las filosofías de la intuición, en las seudometafísicas ‘científicas’ y en los extremos literarios del naturalismo y el futurismo.

* * *

El romanticismo político, a su vez, significa desconocimiento de las jerarquías naturales. Su expresión categórica es el dogma de la soberanía del pueblo, fuente de casi todos los errores doctrinarios que hacen del siglo pasado uno de los más funestos de la historia del pensamiento universal.

* * *

Nuestra vida de nación organizada se ha desarrollado en su totalidad bajo el signo del romanticismo. Por eso la negación de toda clase de jerarquías parece haberse hecho carne en la República Argentina, como también en las otras naciones de América. Negación de la jerarquía sobrenatural de la Iglesia de Cristo; negación de la jerarquía natural del Estado. Predominio del arbitrio individual y de la sensibilidad revolucionaria. (Palacio, “Organicemos” 2)

En este texto Palacio retoma la disputa de Maurras contra un “romanticismo” entendido como el espíritu igualitario de la Revolución Francesa y su proyección en los siglos XIX y XX. El individualismo, la secularización, la abolición de las jerarquías que conduce a la “demagogia democrática” serían los síntomas de una barbarie cuya expresión en el plano político es el sufragio universal y, en el ámbito de la cultura, una general “decadencia” de las formas clásicas. Ahora bien: en el contexto de la Argentina yrigoyenista de 1927, desde una perspectiva conservadora antipopular, que ya muestra claros acentos fascistas, es esperable la contraposición entre “nuestros constituyentes” y la “demagogia democrática”. Pero el rechazo a la Revolución Francesa y al “romanticismo” (dos de las tres “R” contra las que reaccionaba Maurras, la otra era la Reforma protestante) y el consecuente llamado a organizar la “contrarrevolución” es un *plus* que revela claramente una operación de importación cultural. Se trata de ese procedimiento que Lugones asimiló a una “precipitada imitación de una mala cosa europea” en una polémica en la cual acusaba a los nacionalistas de profesar un nacionalismo de raíces no nacionales (Lugones 1).

Una operación de importación que le permite a Palacio rechazar otras importaciones y otros posicionamientos políticos, culturales y literarios. Palacio ataca el “orientalismo”, un filón actuante en Argentina y en toda Latinoamérica, y que tenía en la época inquietantes connotaciones anti-imperialistas de izquierda, según ha estudiado Martín Bergel en *El oriente desplazado* (2015). También rechaza las “filosofías de la intuición”, acaso retomando el antibergsonismo de Maritain, de bastante repercusión en Latinoamérica (O. Compagnon); este posicionamiento por lo demás le servía a Palacio, podemos hipotetizar, para distanciarse de la reforma universitaria a la que, sin embargo había en su momento adherido (como se sabe, muchos dirigentes de la reforma, como Alejandro Korn y Deodoro Roca, estaban impregnados de bergsonismo). Palacio ataca asimismo al “naturalismo” (posición coherente con el rechazo de los intelectuales de *Criterio* contra el realismo, a causa de su crudeza, y de su carácter “antinacional” (Rapalo y Gramuglio)) y al futurismo (recordemos que la primera visita de Marinetti en 1926, más allá de las polémicas que suscitó, o a causa de ellas, fue un importante

momento de internacionalización y ampliación de la visibilidad de la vanguardia argentina (Saítta)). La intervención de Palacio fusiona preocupaciones “nacionales” y “extranjeras”: el antiyrigoyenismo, teñido de léxico maurrasiano, deviene anti-romanticismo entendido en clave contrarrevolucionaria; y la crítica al naturalismo es ataque contra Boedo y la izquierda, pero también, lateralmente, ofrece el beneficio de implicar una toma de posición anti-dreyfusard (Carulla, según veremos más abajo, abundará en este ataque contra Émile Zola, a la vez jefe de filas del naturalismo y autor del celeberrimo “J'accuse”).

Además de proclama política, el texto “Organicemos la Contrarrevolución” es un ajuste de cuentas con el género “manifiesto vanguardista”, que va en el mismo sentido del prospecto de la editorial Surgo (un texto de autoría colectiva, publicado sin firma, que funge como presentación de la revista *Criterio*),⁵ y de otra intervención de Palacio en la que están, sin embargo, más atenuadas las marcas del género manifiesto, “Proposiciones sobre la Crítica” (n° 1 de *Criterio*, 08/03/1928). Estas tomas de posición son una respuesta diferida a textos como el manifiesto de la revista *Martín Fierro*, de 1924 (donde se leía por ejemplo: “‘MARTÍN FIERRO’, se encuentra, por eso, más a gusto, en un transatlántico moderno que en un palacio renacentista, y sostiene que un buen Hispano-Suizo es una OBRA DE ARTE muchísimo más perfecta que una silla de manos de la época de Luis XV” [Girondo XV]). De algún modo, esta dinámica de respuesta reaccionaria, pero donde se refuncionaliza el género por excelencia de la novedad, el del manifiesto, plantea en sus propios términos un fenómeno que también se advierte en Europa: el de las proclamas “arriergardistas” en defensa de una tradición “nacional” a la vez que “occidental”. Un ejemplo de este combate es el manifiesto “Pour un parti de l'intelligence” de Henri Massis publicado en el suplemento literario de *Le Figaro* el 19 julio de 1919, como respuesta a la “Déclaration de l'Indépendance de l'Esprit” de Romain Rolland publicada en *L'Humanité* el 26 de junio de 1919. Se define así un activismo arriergardista donde lo disruptivo es, precisamente la “defensa de la tradición”, en una línea que será muy productiva para Massis, tal como se advierte su *Défense de l'Occident* (1927), libro que tendría gran impacto en los medios nacionalistas argentinos.

A diferencia de sus homólogos europeos, los arriergardistas periféricos argentinos no pueden replegarse en lo propio, deben necesariamente traducir y apropiarse de lo extranjero: es importado el género manifiesto vanguardista, es importada la apropiación que de él hacen las *arrière-gardes*, es importada la propia biblioteca de los nacionalistas neorrepublicanos. Lo cual marca una paradójica “riqueza de la biblioteca”, ligada, por lo demás, a las experiencias de internacionalización de varios miembros del grupo neorrepublicano. Ellos también, como gran parte de los intelectuales argentinos de la época, tienen lazos estrechos con Europa: el despertar al maurrasianismo de Carulla es inseparable de su experiencia como médico en el ejército francés durante la Primera Guerra Mundial; los Irazusta hicieron en 1923 un iniciático viaje a Europa, en el cual sobre todo Rodolfo cayó bajo la influencia de Maurras y Julio trabó amistad con el filósofo, poeta y crítico literario George Santayana (por lo demás, el golpe de 1930 sorprendería a Julio en medio de otro viaje cultural); Ernesto Palacio era un actualizado lector de novedades de literatura europea. Y particularmente Julio Irazusta y Palacio tenían contactos más o menos fluidos con la práctica de la traducción: Irazusta tradujo a Edmund Burke, Jules Lemaître y Aldous Huxley; Palacio a Dante Alighieri, Giuseppe Ungaretti, Jacques Maritain y Louis Ferdinand Céline, entre otros.

En “Organicemos la Contrarrevolución” se echa mano del procedimiento de importar textos para “producir” nacionalismo, lo cual marca una cierta continuidad con las vanguardias modernizadoras y cosmopolitas latinoamericanas, las cuales operan, como han notado entre

⁵ El “prospecto” de la editorial Surgo, una suerte de manifiesto, fue distribuido inmediatamente antes de la publicación del primer número de la revista *Criterio* (Adur “Entre la Iglesia”).

otros Altamirano y Sarlo, y García Canclini como fuertes polos de invención y discusión de la identidad nacional. Palacio y los otros neorrepúblicanos reorientan en sentido antimoderno, clasicista y reaccionario la dupla importación/nacionalismo: encontraremos en *LNR* citas de Juan Donoso Cortés y Ramiro de Maeztu, menciones a historiadores antijacobinos de la Revolución Francesa como Pierre Gaxote o Auguste Cochin, traducciones de la *Vida del Dr. Johnson* de James Boswell. La proclama “Organicemos la Contrarrevolución” pone la polémica cultural al servicio del programa nacionalista antidemocrático, bajo la tutela de una cierta idea de “tradicición clásica”.

En efecto, en *LNR* las operaciones de importación, así como los diversos posicionamientos políticos, se legitiman con un intenso trabajo de traducción, lectura y recontextualización de los clásicos. Cuestiones tales como la crítica a la democracia y a la inmigración, el mito de la nación católica o el hispanismo, toman como punto de apoyo la invocación del pasado grecolatino y lo mismo sucede con asuntos más puntuales, tales como la violenta crítica a la figura de Yrigoyen, el apoyo al golpe de Uriburu, o la repulsa a la candidatura de Lisandro de la Torre para las elecciones presidenciales de 1931. Así, por ejemplo, se traduce, en el número 38 (27/10/1928) y en el 39 (03/11/1928), bajo el título “El imperialismo según Montesquieu”, una parte del ensayo de ese autor, *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*; o se cita la *República* de Platón (n° 15, 19/05/1928), a Tucídides (n° 41, 17/11/1928), o los *Diálogos Socráticos* de Arturo Cancela (n° 14, 12/12/1927); o bien se reproduce, entre los números 40 (19/11/1928) y 47 (29/12/1928) el libro I de *Las leyes* de Santo Tomás.⁶

Los clásicos son pensados como reserva de sentido para criticar una modernidad entendida como “decadencia”, esto es, como la disgregación de esa unidad orgánica que los neorrepúblicanos podrán situar en la época colonial, en el régimen de Rosas o en el país liberal previo a la Ley Sáenz Peña. En el recuadro de tapa del n° 38 (27/10/1928) se copia, para reactualizar la idea de que en las épocas decadentes el individuo triunfa sobre la totalidad social, la siguiente frase de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides: “Ninguno de ellos cree que su negligencia particular haga mal al bien de todos; cada uno piensa que otro proveerá por él al interés general; y teniendo todos, por separado, el mismo pensamiento, el bien público es sacrificado sin que nadie se dé cuenta de ello”. Si, tal como dice Carulla en una nota en la cual festeja el golpe de Uriburu, el “morbus democraticus” (“El general” 1) es el triunfo de la parte sobre el todo, del individuo sobre la comunidad, de la venalidad sobre el espíritu, la misión de los valores clásicos es diagnosticar esa descomposición social y retornar, tal como dirá César Pico a “la gran tradición de la filosofía realista”, lo cual implicaría una “revisión de los sofismas del subjetivismo moderno” en *LNR* n° 3 (“Inteligencia y” 1).

El propio concepto de *república* es ilustrado recurriendo al pasado grecolatino. Esta noción, empleada para apropiarse del pasado liberal decimonónico en clave conservadora, suponía una tajante separación entre el voto popular y el espíritu de la carta magna de 1853, tal como lo atestigua el lema: “la democracia no está en la constitución”, repetido en la primera página de diversos números de *LNR*. De allí la revalorización de Alberdi, cuyas citas conviven, curiosamente, con las de Benito Mussolini, Jaime Balmes o el vizconde de Bonald. Ahora bien: para sancionar tal idea de *república* aristocrática, los redactores de *LNR* reproducen entero,

⁶ Recuérdense, de todas formas, que si bien redactores como César Pico y Carlos Casares eran tomistas, a la hora de pensar la historia, por lo general, las notas de *LNR* se inclinan por la reflexión política, tal como lo atestiguan las numerosas citas de Vico y Maquiavelo: la adhesión a la consigna maurrasiana de *la politique d'abord* impide que encontremos en *LNR* demasiadas especulaciones históricas puramente escolásticas como las que se podrán ver, por ejemplo, años después, en las páginas de la revista *Sol y Luna*, en la pluma de articulistas como Marcelo Sánchez Sorondo, César Pico o José María Estrada.

entre los números 29 (25/08/1929) y 37 (20/10/1928) una traducción del libro I del *De republica* de Cicerón.

Asimismo, los clásicos, a partir de violentos montajes o recontextualizaciones, sirven para intervenir en el contexto cultural y político más inmediato y coyuntural. Un excelente ejemplo lo encontramos en la tapa del n° 107 (28/10/1931), donde una cita del *Discurso sobre la corona* de Demóstenes aparece enmarcada en un recuadro bajo el título “Lisandro de la Torre... por Demóstenes”: el diseño intenta superponer a la figura de De la Torre, que en ese momento era el candidato a presidente apoyado por Uriburu contra Agustín P. Justo, con el Esquines fustigado por el orador griego. El montaje, propio de la prensa moderna, se sirve de los ropajes de la antigüedad. Otro excelente ejemplo, que fuerza hasta el límite el anacronismo es la defensa de Carulla de la candidatura del antipersonalista Leopoldo Melo en las elecciones de 1928 en las que triunfaría Yrigoyen. En una nota titulada “In vino veritas”, a propósito de la visita durante la campaña electoral de Melo a Mendoza, Carulla conecta el carácter vitivinícola de la región con la tradición clásica (*LNR* n° 5, 31/01/1928):

Por el vino nos reintegramos a nuestros orígenes. Hasta donde llega el vino hasta ahí llega la cultura de occidente. Más allá se extiende el ‘obsceno caos’ de la barbarie. Decirlo es poco; estas cosas son dignas de la oda.

‘Nec vivere carmina possunt,
Quae scribuntur aquae potioribus.’

No pueden tenerse en pie los versos de los poetas que desdeñan el vino, ha dicho Horacio. [...]

Ha dicho el Dr. Melo: “El uso moderado del vino durante miles de años por las poblaciones latinas, en manera alguna ha influido en mengua del pujante vigor de la raza”. Muy bien. Exactísimo. Tal declaración vale un programa. (Carulla “In vino” 1)

En un tiempo amenazado por la orteguiana rebelión de las masas, se impone pues el retorno a “nuestros orígenes”.⁷ La historia antigua sería ante todo una lección de humildad para la razón histórica moderna, que embarcada en una empresa de carácter sofisticado, no advierte el lento y sabio trabajo de la tradición. Estos argumentos, variaciones de la crítica de Edmund Burke y Joseph de Maistre a la revolución francesa (de ambos autores hay abundantes citas en *LNR*) buscan identificar reacción con tradición clásica.⁸ Europa no haría más que repetir un

⁷ Dice Julio Irazusta: “En vez de perseguir una abstracción, tarea que puede conducirnos al otro mundo, donde tal vez los fantasmas como la democracia tengan una realidad no funesta, más nos valdría perfeccionar nuestras instituciones en función de los fines que se propone toda comunidad civilizada”. Véase también R. Irazusta, “La política” (1): “La sociedad argentina es católica desde su nacimiento. El catolicismo ha traído la civilización a la América al mismo tiempo que el Estado español implantaba su dominio. [...] Durante la colonia, toda cultura ha salido de los claustros y hasta sus ramas más profanas fueron cultivadas por los clérigos. Los doctores que asesoraban y componían los primeros congresos argentinos eran doctores en teología y gran parte de los que declararon la independencia eran tonsurados. Hoy mismo la mejor cultura clásica está en los seminarios. En el último poblado argentino, hay en el sacerdote católico un representante de la cultura y de las letras clásicas, que nuestras universidades no han podido formar” (“República” 1).

⁸ Véase por ejemplo esta cita de De Maistre que aparece como recuadro de tapa en *LNR* n° 56 (02/08/1930): “La primera y quizá única fuente de todos los males que padecemos, es el menosprecio de la antigüedad, o lo que resulta lo mismo, el olvido de la experiencia; y sin embargo, ‘nada es más prudente que recordar lo que se hizo en otros tiempos’, ha dicho Bossuet sesudamente. La pereza y la orgullosa ignorancia de este siglo más se aviene a teorías que impliquen serio trabajo y estudio, pero que adulen al espíritu que a las lecciones de moderación y digna obediencia que es necesario indagar trabajosamente en la historia. En todas las ciencias, más sobre todo en la política, en la cual los acontecimientos son tantos y tan variables que hacen difícil una exacta visión del conjunto,

origen clásico y Argentina, para recuperar ese origen que es el suyo propio, debería acercarse a ciertas manifestaciones tradicionalistas, es decir, contrarrevolucionarias, de ese espíritu europeo. Los clásicos son el garante de la crítica a la democracia, tal como se advierte en esta cita de la *Enquête sur la Monarchie* de Charles Maurras, recuadrada en la tapa del n° 74 (13/12/1930) de *LNR*:

Las repúblicas prósperas, las repúblicas en el tiempo de su prosperidad son jerárquicas: Venecia, Roma, Atenas en su período orgánico. Cuando una república tiende a las formas democráticas, pasa de un régimen de producción regular, coordinada, a un régimen de consumo puro. Vale decir el pillaje y la repartija de los recursos morales y físicos del Estado. Los intereses particulares se convierten en destructores del interés general. Viviendo a su costa no pueden servirlo. Son sus parásitos. Divergencias funestas y siempre acrecidas llevan a los ciudadanos hacia el régimen tiránico de las facciones –casi siempre encabezadas por un hombre– y de allí al decaimiento general de la nación, precedido o seguido de una invasión extranjera. (CH. MAURRAS - *Enquete sur la Monarchie*, p. 139. Edición de 1924).⁹

Lo notable es que, para negar otras importaciones, se invoca una cierta versión de la tradición clásica, ella misma el producto de una serie de importaciones. Así se advierte en una nota sobre la literatura y la sociedad modernas de Juan E. Carulla titulada “Democracia y pornografía” (*LNR* n° 2, 15/12/1927):

Solo a inteligencias cultivadas –o ya acostumbradas al “faisandé”– llegan las intenciones de Pierre Louis detestable modelo de esa perversión oligárquica que Oscar Wilde, otro genio maculado por la obsesión sexual, definió como “el triunfo del espíritu sobre la moral”. [...] Dijimos que la invasión pornográfica es un hecho reciente. Púedese agregar que tal fenómeno es en gran parte una consecuencia de las doctrinas naturalistas y los ideales de democracia absoluta del “siglo estúpido”. Los deslumbrantes éxitos de Zola y de un Huysmanns marcan su comienzo. [...] Conviene hacer notar que este proceso de degeneración intelectual fué simultáneo del sufragio universal y demás pamplinas finiseculares. (“Democracia y” 1)

Carulla retoma los términos con los que el nacionalismo integral francés condena la supuesta decadencia moderna: nótese la apelación al adjetivo huysmansiano “faisandé”, la crítica a Oscar Wilde y a Pierre Louÿs, el recurso a la crítica de Daudet al “estúpido siglo XIX” y el ataque a Zola, el *dreyfusard* por excelencia. Pero la mención a “Pierre Louis” y “Huysmanns”, con grafías erróneas, marca un desajuste o desfasaje en esta negación –paradójicamente importada– del cosmopolitismo “decadente”. Está negación deviene casi una marca involuntaria de rareza modernista (en el sentido latinoamericano del término): ¿cuántas personas comprendían en el Buenos Aires de 1927 el sentido del término *faisandé*, adjetivo usado en 1884 en la novela *À rebours* de Joris-Karl Huysmans, para referirse a las épocas y a las literaturas decadentes, y después empleado una y otra vez en el periódico de la *Action*

casi siempre la experiencia contradice a la teoría. ¡Quiera la sabiduría eterna iluminar a los hombres que dictan leyes para el gobierno de este mundo! Quieran también los pueblos cerrar sus oídos a la voz de los sofistas, y volviendo los ojos de las ilusiones que engendran las teorías, fije los sobre las leyes venerables que casi nunca están escritas ni tienen un origen visible, ni autores que las crearon, porque los pueblos no las hicieron, sino que ellas modelaron a los pueblos. Tales leyes vienen de Dios, lo DEMÁS de los hombres. (Conde José de Maistre, ‘Etude sur la Souveraineté’, Liv. II, pág. 451)”.

⁹ Transcribo textualmente la referencia bibliográfica de la obra de Maurras que aparece en el recuadro de tapa de la *LNR*. Nótese el error ortográfico en “ENQUETE”.

française para fustigar a los enemigos políticos y culturales? Es ciertamente irónico advertir que Carulla, quien fundaría en 1931 bajo los auspicios de Uriburu la Legión Cívica Argentina junto con el coronel Juan Bautista Molina, se comportaba involuntariamente aquí como un cosmopolita marginal (Siskind), que hace gala del conocimiento erróneo de una *décadence* finisecular perimida hace décadas; más irónico resulta este desfasaje si recordamos que Huysmans, quien había puesto en el centro de su canon latino al heteroglósico *Satiricón* de Petronio, definía a la literatura decadente como una parodia degradada de las fuentes clásicas.

No sorprende ciertamente este uso “de segunda mano” de una tradición francesa en un redactor de la *LNR*, una revista cuya propia distribución gráfica era el resultado de una operación de importación: los recuadros con citas al lado del título, así como la columna en tapa titulada “La política”, siguen escrupulosamente el diseño del periódico de la *Action française*, como puede comprobar cualquiera que compare los microfilms de *LNR* depositados en la Biblioteca Nacional Argentina con los ejemplares de la publicación francesa. Como veremos en el próximo apartado, las argumentaciones nacionalistas en torno a la traducción y la literatura mundial, tratarán de algún modo de explicitar y contener las tensiones que implican estas operaciones de traducción e importación.

Imperialismo y *translatio studii* nacionalistas

El nacionalismo intenta una reapropiación selectiva e ideológicamente orientada de lo que interpreta como “herencia occidental”. A partir de una cierta idea de “humanismo” y “tradición”, que se apoya en la noción de “imperio”, los nacionalistas plantean la necesidad de la traducción y la importación, y enuncian una serie de argumentaciones a los efectos de distinguir entre la traducción y la importación “nacionalistas”, y la importación y la traducción que consideran “cosmopolita”. Al contrario de lo que supone una doxa crítica persistente, que se expresa en el Borges de “El escritor argentino y la tradición” (1951), los nacionalistas sí reflexionan sobre su relación con las literaturas y las lenguas extranjeras. En efecto, en esa conferencia leída en 1951 en el Colegio Libre de Estudios Superiores, Borges enuncia su conocida argumentación en contra del nacionalismo político y literario: el nacionalismo pretende desvincular a la literatura argentina de la herencia europea, olvidando que tal desvinculación es imposible o empobrecedora, y que de hecho el propio nacionalismo es en realidad un producto europeo.

El nacionalismo sería extranjero y por tanto autocontradictorio, una falsificación. “[E]l culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo” (“El escritor” 270), se lee en un célebre pasaje de la conferencia de 1951, que retoma, por lo demás, argumentos que Borges ya enunciaba en 1925, en una carta dirigida a Alfredo Bianchi, uno de los directores de la revista *Nosotros*, en la cual atacaba al autor del “*Nulario Sentimental*”, Leopoldo Lugones: “Todos los patriotismos me parecen exóticos y no escalono jerarquías en su condena común. [...] ¿Cuándo habrá un patriotismo criollo, que no sepa ni de Atahualpa ni de don Diego de Mendoza ni de Maurice Barrès? [...] Soy hombre inapto para las exaltaciones patrióticas y la lugonería [...] a la audición del himno nacional prefiero el tango *Loca*” (“De la dirección” 207-208). Esta argumentación rechaza el “argentinismo francesista o latinizante” de Lugones, pero también “el argentinismo coya” de Juan Antonio Villoldo, quien había criticado a Lugones en un número anterior de *Nosotros*. Nótese que Ernesto Palacio por su parte también rechazará el “indianismo artificial y literario” de Rojas en *LNR* n° 13, (“Nacionalismo y” 1): la coincidencia en la exclusión obedece a que tanto Borges como los nacionalistas están pensando cómo relacionarse con ese espacio virtual

que denominan “Occidente” o “Europa”, aunque por supuesto a partir de premisas ideológicas diferentes.¹⁰

Toda esta línea argumentativa en torno al carácter extranjero del discurso nacionalista inspira las dos *pointes* que Borges lanza contra Palacio (una contra el Palacio fascista, otra contra el Palacio vanguardista): en “La muerte y la brújula” (1942), Palacio es convertido en panfletista del diario ficcional antisemita *El mártir* y recibe, irónicamente, el nombre extranjero germanizante “Ernst Palast”. En el diálogo con Sábato organizado por Orlando Barone a fines de 1974, Borges dice que “Ernesto Palacio argumentaba que en Francia había grupos literarios y entonces, para no ser menos, acá había que hacer lo mismo” (Borges y Sábato 14). Se trata de una típica reducción al absurdo, propia del arte de injuriar borgeano, una reducción que si bien revela algo sobre el objeto satirizado, también borra aspectos igualmente importantes.

En efecto, el nacionalismo, paradójicamente, también propone una lectura selectiva de la tradición occidental, claro que no en el sentido del cosmopolitismo antiesencialista que puede leerse en el “El escritor argentino y la tradición”. El problema, para los nacionalistas, no es tanto si hay que traducir o no, sino más bien cómo hay que hacerlo: qué sería ese espacio cultural llamado “Occidente” y cómo a partir de esa definición se entiende la operación de traducción. Para contestar qué significa traducir para los nacionalistas, hay que explicar antes la ambivalencia del nacionalismo argentino frente a la noción de “imperialismo”. En efecto, lejos de recusar de raíz la noción de “imperio”, el nacionalismo más bien pretende que la Argentina participe de modo no perdidoso en el juego inevitable de los imperialismos mundiales. Dice Noriko Mutsuki, en su estudio sobre Julio Irazusta:

el antiimperialismo se convirtió en el núcleo del nacionalismo irazustiano. Sin embargo, resulta un poco extraño la denominación de “antiimperialismo”, pues sus críticas no se dirigían al imperio británico, cuya política exterior suscitaba la admiración de Irazusta. En la línea del realismo político inglés del siglo XVIII y sobre todo de Burke, Julio Irazusta entendía la política internacional como un juego estratégico, en el que las naciones luchaban inevitablemente por el predominio. (220)

La historia se entiende como un escenario agonal, donde las naciones combaten por la conquista y la conservación del poder. Y se supone que este agón, cuando es exitoso y sostenido en el tiempo, es la causa y el efecto de una cierta virtud moral y cultural del pueblo triunfador. Se trata de un tópico que encontramos en los historiadores romanos y al que retornará una y otra vez el campo nacionalista: una de sus formulaciones canónicas está en Tito Livio, a quien Julio Irazusta le dedica un largo ensayo, en el que distingue entre un “buen” y un “mal” imperialismo; y lo encontramos también en el *Bellum Catilinae* de Salustio, intertexto

¹⁰ El rechazo a las culturas amerindias de Palacio estará teñido, asimismo, de antilatinoamericanismo y de anticomunismo, y supone obviamente un rechazo de la democracia: “En lo que refiere al idioma, basta recordar dos fenómenos genuinamente democráticos para deducir sus consecuencias: la disminución de la cultura relativa a la difusión de la enseñanza primaria y profesional (por odio igualitario al saber desinteresado, esencialmente aristocrático), que hace de la democracia el reino del alfabetismo, y el auge de la oratoria, instrumento insustituible para la conducción de los rebaños electorales. La ignorancia del significado tradicional de los términos inherente a la decadencia de la cultura, se alía así al desparpajo con que se les adjudica sentidos arbitrarios, adecuados al fin que cada propagandista se propone. Tal ocurre hoy con la palabra nacionalismo y otras análogas, a las que se les atribuye la influencia magnética de atraer voluntades o la virtud mágica de multiplicar los sufragios. Entre nosotros hemos visto calificar de nacionalista a un indianismo artificial y literario; o bien con el calificativo de ‘continental’ a un sospechoso americanismo ‘antiyanqui’ bajo el cual podía adivinar el menos advertido una añagaza bolchevique para difundir, a cubierto de la solidaridad invocada, el virus prendido en algunos países del Norte. Ciertos grupos de estudiantes universitarios invocan un ‘nacionalismo idealista’ del mismo jaez, es decir, mexicanizante y soviético” (“Nacionalismo y” 1).

fundamental del *Catilina* de Ernesto Palacio.¹¹ Para decirlo de una forma que podría haberle resultado familiar a Palacio, quien tradujo el *De monarchia* de Dante y *Medieval Humanism* de Gerald G. Walsh, esta *translatio imperii* implica también una *translatio studii*. Así se advierte en la reseña que hace Julio Irazusta en la revista *Sur* del *Catilina contra la oligarquía* (1935) de Palacio, donde se dice que:

La historia de Roma no podía adelantar en Europa con la misma rapidez que la de otros países y civilizaciones, pues la educación humanística [es decir renacentista] da a los europeos, desde chicos, un sentido reverencial de los clásicos que les hace difícil juzgar a estos con absoluta imparcialidad. La Roma republicana, la de los grandes historiadores latinos, está en la sangre de los europeos. No es extraño que los americanos se hallen entre los primeros que revisen la historia romana; pues para ellos ha llegado como para los demás, la oportunidad que ofrece la restauración de la verdadera filosofía política, cuando América ha roto con el humanismo y su toma de contacto se produce después de completada (en quienes se preocuparon por tenerla) su formación intelectual. (J. Irazusta “El ‘Catilina’” 82)

Es, pues, necesaria una reinterpretación de la historia romana que acompañe el ascenso, permitido por una Europa en crisis, de una América que ha recuperado “la verdadera filosofía política”. En este sentido, en 1943, un Carulla cuyas simpatías nazis se han enfriado bastante, probablemente a causa del desenlace indeciso de la guerra, hablará de América como el “Nuevo Occidente”, heredera, ante la debacle de Europa, de la “civilización cristiano-romano-occidental” (Genio 100). Claro que como en su formulación medieval, la *translatio studii* no implica empezar desde cero, sino la reescritura de una tradición previa. El nacionalismo no busca, pues, demostrar que “estamos desvinculados del pasado; que ha habido como una solución de continuidad entre nosotros y Europa” (Borges 272), sino que intenta más bien una reapropiación selectiva e ideológicamente orientada de lo que interpreta como “herencia occidental”, apoyada en una cierta concepción de “humanismo” y “continuidad” de la tradición.

Volveremos a encontrar esta visión agonística de las relaciones internacionales literarias, de inspiración geopolítica, y la apelación a la continuidad cultural de “Occidente” en Carlos Ibarguren, una figura cercana a los neorrepublicanos –bien que estos le hubiesen dedicado alguna que otra púa en *LNR*–, quien también exhibe esta relación ambivalente con la internacionalización cultural, típica del nacionalismo de derecha. En efecto, Ibarguren narra en su autobiografía *La historia que he vivido* dos movimientos paralelos de incorporación de lo extranjero y de consolidación y difusión de lo nacional. Por un lado, toda una serie de momentos de importación cultural: el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, fundado en 1922; la asociación Amigos del Arte, fundada en 1924 por Adelia Acevedo; las orquestas sinfónicas que “periódicamente interpretaban en los grandes talleres [para los obreros], los días no laborables, las obras de maestros clásicos” (478).

¹¹ “*Quod si regum atque imperatorum animi virtus in pace ita ut in bello valeret, aequabilis atque constantius sese res humanae haberent neque aliud alio ferri neque mutari ac misceri omnia cernerent. Nam imperium facile iis artibus retinetur, quibus initio partum est. Verum ubi pro labore desidia, pro continentia et aequitate lubido atque superbia invasere, fortuna simul cum moribus inmutatur. Ita imperium semper ad optimum quemque a minus bono transfertur.* (B. Cat. 2,3-6 en Sallust 27) [“Pero si la virtud del espíritu de los reyes y de los emperadores fuera tan fuerte en la guerra como en la paz, de modo más sereno y constante se mantendrían las cosas humanas, y no se vería que son arrastradas cada una por su parte ni que todas se mezclan. Pues el poder fácilmente es conservado por aquellas artes por las que fue conseguido; ciertamente cuando en lugar del trabajo ha irrumpido la desidia, en el de la contienda y la justicia el afán y la soberbia, la fortuna cambia a la vez que las costumbres. Así el poder siempre se transfiere desde los menos buenos a los mejores.”, traducción propia].

Por el otro lado, Iburguren menciona una serie de acciones tendientes al fomento de la “cultura argentina”, así como a su difusión en ese espacio literario internacional que él define como “Occidente”: creación de la Academia Argentina de Letras, fundada por decreto de Uriburu en 1931; ya bajo el gobierno de Agustín P. Justo, creación de la Comisión Nacional de Cultura, organizada en 1935 por Matías Sánchez Sorondo, y creación de la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, fundada en 1936 a los efectos de “establecer y mantener, con la colaboración de la Sociedad de las Naciones, las relaciones culturales con el exterior y reunir todos aquellos elementos que integran la producción mental de un país, dándoles coherencia y unidad a fin de allegar un aporte nacional a la cultura universal” (472); nótese que Iburguren fue presidente de las tres entidades. Por lo demás es importante señalar que este *racconto* cultural es la segunda parte de un capítulo de las memorias de Iburguren, el XXIV, que se divide en dos partes, “I. crisis política del mundo y guerra universal” y “II. Dos décadas de cultura argentina”. El contexto de la internacionalización de la literatura es por tanto para Iburguren la “guerra universal” entre el “marxismo”, las “fuerzas revolucionarias” –así llama al fascismo– y “el régimen demoliberal”. La literatura, de algún modo, está relacionada con la guerra: ya sea porque es el valor cultural más alto de ese “Occidente” que combate a la barbarie, o bien porque los propios países de “Occidente” están, tal como pensaba también Palacio y otros nacionalistas, en una lucha por la superioridad política.

Ahora bien: en el relato de las memorias de Iburguren, el punto de máxima convergencia de la importación de lo extranjero y la difusión de la cultura nacional es la narración del XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs que tuvo lugar en Buenos Aires entre el 5 y el 15 de septiembre de 1936. Este episodio cierra el capítulo de sus memorias dedicado a la vida cultural de los veinte y los treinta, período que Iburguren interpreta como un auge ininterrumpido, al cual los gobiernos de la “década infame” –obviamente Iburguren no usa esa denominación– le habrían dado un impulso decisivo. Por supuesto, la narración que Iburguren hace de la reunión de los P.E.N. Clubs es brutalmente sesgada, cosa que salta a la vista si cotejamos, como ha hecho Annick Louis en *Borges face au fascisme*, el contexto de las sesiones y el registro que ha quedado de ellas, con la versión de los recuerdos de Iburguren. Por ejemplo, nada menciona en sus memorias de 1954 sobre el rol que jugaba su adhesión al fascismo, comprobable en un texto como *La inquietud de esta hora*, en su intento de llevar la discusión por los carriles de una abstracta “crisis de la civilización”, con el propósito de no entrar en problemas más concretos como la Guerra Civil Española o la persecución de los escritores en Alemania (Louis; Manzoni).

La narración de Iburguren no nos ilumina demasiado sobre lo que pasó en esos tensos días de 1936, pero sí nos permite acercarnos a la idea que los nacionalistas tenían de la internacionalización de las relaciones literarias, que podría resumirse en un fragmento del discurso de apertura de las sesiones por Iburguren, dirigido a los delegados de los P.E.N. Clubs de otros países y al presidente Agustín P. Justo: “El problema literario es uno de los aspectos del problema espiritual de cada nación [...] El nacionalismo en la literatura radica tanto en una peculiar visión de la belleza, cuanto en la sustancia moral que el alma de cada pueblo aporta al patrimonio de la cultura universal” (P.E.N. Clubs 23). Para Iburguren, cada literatura nacional aporta, a partir de la expresión esencialista de su particularidad, “al patrimonio de la cultura universal”, cultura que sería “occidental”, o sea, según entiende, “cristiana” y “grecolatina”.

Esa élite que son los escritores debe, por tanto, nutrirse del “espíritu clásico” de otras literaturas occidentales, para producir a su vez sus propios “clásicos occidentales”. La traducción y la importación proporcionarían los insumos de un ciclo cuyo último eslabón es la traducción a otras lenguas y la exportación de la “esencia nacional”; a esa lógica responde el volumen *Le paysage et l'âme argentins; descriptions, récits et légendes du terroir* (1938) editado por la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual. La escena de internacionalización para Iburguren está marcada por la expectativa de esta supuesta plenitud

futura de la difusión de la “cultura argentina”, que de algún modo justificará las importaciones previas, porque la exportación reemplazará a la importación, la extraducción la intraducción. De este modo, en la reunión del Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, que tuvo lugar del 11 al 16 de septiembre de 1936, aprovechando la estadía de los escritores que vinieron por la reunión de los P.E.N. Clubs, Ibarguren dice ante Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Giuseppe Ungaretti, Jacques Maritain y otros escritores:

Esta tierra es todavía de aluvión; fértil, pero sin la consistencia y la fisonomía que dan las tradiciones y la historia. [...] No tenemos todavía una cultura propia, pero en vez de recibir hoy la europea con pasividad, buscamos, con ansia de encontrar en nosotros mismos nuestra peculiar expresión espiritual. Cuando logremos plenamente ese hallazgo habremos creado entonces un aporte nacional nuevo que influirá en la literatura mundial. (Comisión Argentina de Cooperación Intelectual 196)

En suma, los nacionalistas antes que negar la traducción y la importación, la sitúan dentro de una serie de protocolos fuertemente ideologizados, que oponen la buena traducción/importación (en virtud de la cual se revelaría la esencia de “Occidente” y por tanto de la Argentina) a la mala traducción/importación (que se asocia a la “barbarie” y por tanto a lo “no argentino”). Para Carulla, el tango será el ejemplo por excelencia de esa “mala” traducción, plagada de impurezas y heterogeneidades:

¿Hemos sido crisol de razas, como se lo pregonara en horas de euforia? Difícil resulta probarlo frente a la heterogeneidad cosmopolita que nos rodea. Cuando más, podría afirmarse que la mezcla de los elementos étnicos está en vías de alcanzar un punto de fusión compatible con la antigua unidad hispano-criolla, o con otra nueva en vísperas de formarse. [...]

Pero se diría que en la Argentina, como en otras naciones del continente, la variedad y número de los *genos* ha sido óbice para su perfecta conjunción y amalgama, sobre todo en lo anímico. El crisol se ha disuelto y mezclado desigualmente los elementos: aborígen, español, y europeos de distintos matices raciales. [...]

Éramos más nación cuando éramos menos. [...] La fusión comienza a tornarse confusión al filo del siglo, con eclipse de los ideales que constituyen el fundamento histórico y, por lo tanto, espiritual de la Nación. Inseguras y heteróclitas corrientes ideológicas nos penetran fraguando extensos hiatos en el núcleo aún inmaduro de nuestra cultura, al par que afloran, por imperativo de lo telúrico, tendencias vernáculas primigenias. La música popular suministra un ejemplo patético de lo que decimos: el tango tiene un triple origen, pues, en sus notas, mézclase características de la habanera sensual, de la melosa canzoneta napolitana y los tristes aires de la pampa sin límites ni relieves. Su extraordinario auge, que comienza en los alrededores del puerto de Buenos Aires, y en las casas de dudosa moralidad, gana, en poco tiempo, los diversos estratos sociales, impregna el alma de la élite y más, trasciende los límites de la patria y llega al viejo mundo para ser cultivado en centros de cosmopolitismo y decadencia, lo propia que otras formas inferiores de la música y la danza de los pueblos de color, que hacían furia por entonces. [...] el tango, repito, no es sino una expresión de otras claudicaciones y reblandecimientos colectivos. En él se reflejan nuestros vicios actuales, ese materialismo que enturbia las almas, pervierte las inteligencias, nos priva del aliento y la fe para las empresas ideales y nos muestra, al mundo, como una nación cartaginesa. (*Al filo* 375-377)

La deseada fusión del “crisol de razas” habría sido reemplazada por la “confusión” que “nos muestra al mundo [...] como una nación cartaginesa”. El tango “decadente”, en tanto producto de un “triple origen” poco prestigioso, sería a la vez el síntoma de una “heterogeneidad cosmopolita”, y de un inmaduro atavismo telúrico, que haría aflorar “tendencias vernáculas primigenias” (recordemos el poco apego que tenían los nacionalistas por las culturas indígenas, que solían identificar sin más con la “barbarie”). Para Carulla, estas formas de “decadencia” se oponen a la “perfecta conjunción y amalgama” de los “genos”. Se advierte claramente la total identificación biologicista entre “raza” e “ideales”, serie a la cual por supuesto hay que sumar la “lengua” entendida como depositaria de la identidad nacional: “Sin religión no hay cultura y sin idioma no hay patria”, dice Carulla en las páginas de *Genio de la Argentina*, en medio de una encendida defensa del latín, al cual llama, citando a Sarmiento, “llave de oro de los idiomas” (*Genio* 91).

La apelación a los clásicos sirve, justamente, para situar al escritor argentino como heredero de la “tradición occidental”, posición que se concibe de manera esencialista. Para el nacionalismo el escritor argentino habita un “centro” nacional cuya falta de reconocimiento se explica por esa “juventud” que lo destina, por ahora, a traducir y no a ser traducido. El estado de traducción generalizado de la cultura argentina (el “aluvión”, como dice Ibarguren) es algo transitorio, una suerte de mal necesario: cuando se logre “plenamente ese hallazgo” de la “peculiar expresión espiritual”, el “alma del pueblo” producirá sus propios clásicos que deberán ser traducidos y exportados.

Podemos decir, pues, que el espacio virtual de la literatura mundial visto desde el nacionalismo es a la vez universalista y particularista, a la vez unificado y agonal: es universalista y unificado, en tanto todas las literaturas “civilizadas” serían expresiones de una “civilización occidental” que realiza un valor universal, que se diferencia *absolutamente* de otras entidades geopolíticas o culturales (“Asia”, la “barbarie”, la “Rusia soviética”, etc.); es particularista y agonal, en tanto cada expresión del “alma del pueblo”, que debe ser “expresada” de forma esencialista por la élite intelectual, participa de una suerte de lucha internacional, concebida en términos geopolíticos, por la superioridad cultural. Una maniobra identitaria y esencialista que requiere de una serie de protocolos para la relación con la importación y la traducción, y que invoca permanentemente la referencia clásica para legitimarse; una maniobra que tiene como telón de fondo la internacionalización de los fascismos y ultranacionalismos en los años treinta, y que es bastante más compleja que la simple negación de la traducción o traducción vergonzante que la injuria borgeana le endilgaba al campo nacionalista en su conjunto.

El valor “clásico” en la circulación transnacional

A partir de esta “invención” de la tradición clásica, se configura una tópica reutilizable: el pasado clásico, modulado en nociones tales como “Imperio”, “Occidente” o “latinidad”, será entonces invocado para legitimar los diversos posicionamientos políticos. En efecto, como se sabe, las trayectorias políticas de Juan Emiliano Carulla, Ernesto Palacio y los hermanos Irazusta pasaron por diversas peripecias: la incitación y el apoyo al golpe de Uriburu el 6 de septiembre de 1930 los unió, pero también la desilusión por el resultado, así como la búsqueda, después de ese fracaso, de “el pueblo” y la concomitante revalorización (en el caso de Palacio y los Irazusta) del radicalismo. También en esos años, a partir de *La Argentina y el imperialismo británico* (1934), publicado por los Irazusta después de la conmoción del pacto Roca-Runciman, se advierte un giro anti-imperialista, que tendría, como se sabe, una enorme productividad en el forjismo. Los neorrepublicanos se sintieron atraídos por los fascismos europeos, aunque parecían más inclinados a la adopción de alguna variedad de nacionalismo

autoritario local, tal como se advierte, por ejemplo, en un texto de título elocuente, “Los filofascistas malmanejan la tópica creada por el nacionalismo” de Rodolfo Irazusta, publicado el 20/08/1941 en *Nuevo Orden*. Sus posiciones serían divergentes en relación con el peronismo: Palacio apoyarían al nuevo régimen y sería electo diputado en 1946, al contrario que Carulla y los Irazusta, quienes tomarían distancia. En cada uno de estos posicionamientos, el norte simbólico del pasado clásico reaparece como operador legitimante.

Como hemos venido argumentado en otros trabajos, la producción del valor clásico es a la vez un efecto y una necesidad de las operaciones de traducción e importación: la noción de “clásico” sirve como una forma de “domesticación” (en el sentido que le da al término el teórico de la traducción Lawrence Venuti) de los diversos flujos culturales que suponen las relaciones transnacionales. Sirve, justamente, para sancionar modos de la traducción y la importación deseables y necesarios, que se opondrían a otros superfluos o dañinos. A este clivaje el nacionalismo de derecha suele sobreimprimirle oposiciones tales como élite-popular o civilización-barbarie, según hemos visto en el caso del francófilo Carulla. La referencia a los clásicos sirve para legitimar, contra otros posicionamientos, las propias traducciones e importaciones. Es un procedimiento extendido en el campo de las derechas: de este modo, cuando el antisemita Julio Meinvielle en *Entre la Iglesia y el Tercer Reich* (1937) reivindica su antisemitismo teológico en contra del antisemitismo biológico nazi, apela a una cierta idea de “civilización” y “tradición” occidentales, que según su perspectiva se opondría al “subjetivismo bárbaro” de la reforma luterana, al cual considera el verdadero origen del nacional-socialismo. Los clásicos son el garante último de un “Occidente”, plurinacional pero cerrado, que al modo de Massis o de Spengler, se opone por naturaleza a un Oriente “bárbaro”. Desde esta perspectiva, la traducción de los clásicos permite apropiarse no de lo otro, sino de lo mismo, precisamente lo que está en el origen, la “tradición occidental”;¹² “el idioma latino puede mirarse como el idioma padre del castellano que hablamos los argentinos”, decía Carulla en *Genio de la Argentina* (Genio 91).

En conclusión, la antimodernidad de los nacionalistas neorrepublicanos, a diferencia de la de sus homólogos europeos, se asienta decididamente en las operaciones de traducción e importación, en la recombinación productiva de múltiples fuentes: este es su rasgo “periférico”. Es a partir de la apropiación de lo extranjero que puede plantearse, paradójicamente, una tradición nacional. *LNR* es la superficie en la que se inscriben esas dinámicas, que por lo demás fueron percibidas y de algún modo explicitadas por los propios nacionalistas, tal como se advierte en los textos sobre la traducción y la importación de Irazusta, Ibarguren y Carulla que hemos citado. Estas prácticas y estas ideas sobre la traducción y la literatura nacional se articularon de diversas formas con los actores estatales y del mercado del libro entre la década de 1930 y 1955. Los complejos modos de esta articulación (que incluyen momentos tan disímiles como la labor de Carlos Ibarguren en la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual durante el gobierno de Agustín P. Justo, o la de Ernesto Palacio al frente de la Comisión Nacional de Cultura durante el primer peronismo) exceden los límites de este artículo y serán tratados en futuras investigaciones.

¹² Véase por ejemplo la reseña de Julio Irazusta a *Problemas de la Cultura* de Juan E. Carulla, publicada en *LNR* n° 1 (01/12/1927): “Pero el nacionalista de nuevo cuño que es el Dr. Carulla, precisamente por serlo, se ocupa en los problemas del mundo con la misma pasión que en los de la patria. Porque él sabe que los primeros tienen estrecha relación con los segundos. Así en el notable artículo que encabeza el volumen de que hablamos, anticipándose al más divulgado de los autores europeos que han trabajado el asunto de las relaciones entre el Oriente y el Occidente, el Dr. Carulla ha dado la fórmula que expresa la solución práctica más acertada en el terreno político, ‘Defensa de Occidente’” (“Problemas” 3).

Obras citadas

- Adur, Lucas. "Criterio: un catolicismo de vanguardia (1928-1929)." *Almacenes de un tiempo en fuga: Revistas culturales en la modernidad hispánica*, Shaker, 2014, pp. 121-152.
- _____. "Entre la Iglesia y la vanguardia. Un análisis del manifiesto de la revista *Criterio*, órgano del 'renacimiento católico' argentino." *Discurso. Teoría y análisis*, n.º 30, 2010, pp. 59-79.
- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. "Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*." *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*, Ariel, 1997, pp. 211-260.
- Bergel, Martín. *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
- Borges, Jorge Luis. "De la dirección de Proa." *Textos recobrados 1919-1929*, Emecé, 1997, pp. 207-208.
- _____. "El escritor argentino y la tradición." *Obras completas I*, Emecé, 1997, pp. 267-274.
- _____. y Ernesto Sábato. *Diálogos Borges Sábato*. Editado por Orlando Barone, Emecé, 1996.
- Carulla, Juan E. *Al filo del medio siglo*. Huemul, 1964 [1951].
- _____. "Democracia y pornografía." *La Nueva República*, n.º 2, 15 de diciembre de 1927, p. 1.
- _____. "El general." *La Nueva República*, n.º 61, 13 de septiembre de 1930, p. 1.
- _____. *Genio de la Argentina. Deberes frente a la crisis política de nuestro pueblo*. Ed. Moderna, 1943.
- _____. "In vino veritas." *La Nueva República*, n.º 5, 31 de enero de 1928, p.1.
- Comisión Argentina de Cooperación Intelectual. *Europa América Latina*. Buenos Aires: Comisión Argentina de Cooperación Intelectual / Institut International de Coopération Intellectuelle, 1937.
- Compagnon, Antoine. *Los antimodernos*. Traducción de Manuel Arranz, Acantilado, 2007.
- Compagnon, Olivier. "Bergson, Maritain y América Latina." *¿Inactualidad del bergsonismo?* Colihue, 2008, pp. 139-150.
- Desclaux, Jessica. "Maurice Barrès et la querelle des nationalistes et des cosmopolites (1887-1896)." *Romans et récits français, entre nationalisme et cosmopolitisme*, compilado por Anne Cadin, Perrine Coudurier, Jessica Desclaux, Marie Gaboriaud y Delphine Pierre, Classiques Garnier, 2017, pp. 135-154.
- Gálvez, Manuel. "De vanguardia." *Número* n.º 2, febrero de 1930, p.1.
- García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Paidós, 2001.
- Girondo, Oliverio. "Manifiesto." *Revista Martín Fierro 1924-1927*, edición facsimilar, estudio preliminar de Hugo Salas, 1995, pp. XV.
- Ibarguren, Carlos et al. *Le paysage et l'âme argentins; descriptions, récits et légendes du terroir*. Comisión Argentina de Cooperación Intelectual / Commission argentine de coopération intellectuelle, 1938.
- Ibarguren, Carlos. *La historia que he vivido*. Peuser, 1954.
- Ibarguren, Federico. *Orígenes del nacionalismo argentino: 1927-1937*. Celcius, 1969.
- Irazusta, Julio. "El 'Catilina' de Ernesto Palacio." *Sur*, n.º 20, mayo de 1936, pp. 77-83.
- _____. "Problemas de la Cultura de Juan E. Carulla." *La Nueva República*, n.º 1, 1 de diciembre de 1927, p. 3.
- _____. "República y Democracia." *La Nueva República*, n.º 8, 15 de marzo de 1928, p. 1.

- _____. *Tito Livio. Del imperialismo en relación con la formas de gobierno y la evolución histórica.* Eudeba, 1968 [1951].
- Irazusta, Rodolfo. *Escritos políticos completos* (3 vols.). Editorial Independencia, 1993.
- _____. “La política.” *La Nueva República*, n.º 13, 5 de mayo de 1928, p. 1.
- Louis, Annick. *Borges face au fascisme* (2 vols.). Aux Lieux d’Etre, 2007.
- Lugones, Leopoldo. “El nacionalismo.” *La Nueva República*, n.º 24, 21 de julio de 1928, p. 1.
- Lvovich, Daniel. *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara.* Capital Intelectual, 2006.
- Manzoni, Celina. “Vacilaciones de un rol: los intelectuales en 1936.” *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 7. Rupturas*, dirigida por Noé Jitrik, dirección del volumen Celina Manzoni, Emecé, 2009, pp. 541-568.
- Marx, William. “Introduction.” *Les arrièrè-gardes au XXe siècle*, PUF, 2008, pp. 5-19.
- Meinvielle, Julio. *Entre la iglesia y el Tercer Reich.* Adsum, 1937.
- Mutsuki, Noriko. *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino.* Biblos, 2004.
- Palacio, Ernesto. *El espíritu y la letra.* Ed. Serviam, 1936.
- _____. “Nacionalismo y democracia.” *La Nueva República*, n.º 3, 5 de mayo de 1928, p. 1.
- _____. “Organicemos la contrarrevolución.” *La Nueva República*, n.º 1, 1 de diciembre de 1927, p. 2.
- Pico, César. “Inteligencia y Revolución.” *La Nueva República*, n.º 3, 1 de enero de 1928, p.1.
- P.E.N. Clubs. *XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs. 5-15 de septiembre de 1936. Discursos y debates.* Buenos Aires, P.E.N. Club de Buenos Aires, 1937.
- Rapalo, María Ester y Gramuglio, María Teresa. “Pedagogías para la nación católica. Criterio y Hugo Wast.” *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 6. El imperio realista*, dirigido por Noé Jitrik, dirección del volumen María Teresa Gramuglio, Emecé, 2002, pp. 447-476.
- Saítta, Sylvia. “Entre la política y el arte: Marinetti en Buenos Aires.” *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 539-540, mayo-junio de 1995, pp. 161-169.
- Sallust [C.Sallustius Crispus]. *Sallust’s Bellum Catilinae. Edited with Introduction and Commentary by J. T. Ramsey.* Oxford, 2007.
- Siskind, Mariano. *Cosmopolitan Desires: Global Modernity and World Literature in Latin America.* Northwestern University Press, 2014.
- Sverdloff, Mariano Javier. “La tradición clásica y el nacionalismo argentino: un caso de transferencia cultural.” *Circe, de clásicos y modernos*, 21/ 2, jul.-dic., 2017, pp. 55-72.